

DISCURSO

PARA EL DÍA 18 DE MAYO.

EL SANTÍSIMO CORAZÓN DE MARÍA.

PLAN.

PUNTO PRIMERO.—Perfecciones del Corazón de María.

SUBDIVISIONES.—1. Perfecciones con que Dios ha adornado este Santísimo Corazón.—2. Perfecciones de que María misma lo ha adornado.

PUNTO SEGUNDO.—Caridad del Corazón de María hacia los hombres.

SUBDIVISIONES.—1. Ella ha ofrecido á su Hijo por la salvación de ellos.—2. Ella les ha concedido su poderosa protección.

Omnis gloria ejus Filiae regis ab intus.
Toda la gloria de la hija del Rey se halla
en su interior.

(Ps., XLIV, 14.)

Es una verdad el decir que la gloria de María, esa Hija verdadera del Altísimo, es toda interior, porque nada grande aparece en ella al exterior. Vive desconocida en la oscuridad, en medio de las mujeres de Israel; es sencilla, modesta, pobre; trabaja con sus manos. Penetremos más adelante; no nos detengamos ante lo que se manifiesta á los ojos; descendamos á los pensamientos de esa alma santa; lleguemos hasta el Corazón de esta Virgen pura; allí es donde están ocultos los tesoros de perfección que forman su gloria ante Dios: *Omnis gloria ejus Filiae regis ab intus.*

La Iglesia ha establecido una festividad en honor del adorable Corazón de Jesús porque es el Corazón de un Dios, y para hacernos reconocer el inmenso amor que ha tenido hacia nosotros el Salvador, amor cuyo asiento fué su Corazón, convenía igualmente que ella nos mandase honrar el Corazón de María, porque después del de su Hijo, es el más digno santuario que la Divinidad ha habitado jamás en el universo, y porque, después del de Jesús, es también el Corazón que más ha amado á los hombres. Tal es el fundamento de esa tierna devoción diseminada hoy en todas las iglesias. Tal es el objeto de la festividad que celebramos en este día, festividad halagüeña á donde los que quieren amar á Jesús, vienen á enardecer su corazón acercándole

al de María, que tan dignamente supo prodigar su amor á su divino Hijo; festividad, por excelencia, de un gran número de vírgenes cristianas que se han consagrado al Señor bajo la invocación augusta del Santísimo Corazón de María, de esa Virgen de las vírgenes que invocan en este día como su patrono, y que se esfuerzan en imitar como su modelo.

¡Qué debo hacer en esta hora en medio de vosotros, H. M., sinó hablaros del misterio de vuestra festividad! Trataré, pues, de hacer ante vosotros un sencillo y familiar elogio del Corazón de María; lo cual será poner ante vuestros ojos lo más admirable que observamos en la vida de nuestra Reina y de nuestro modelo; será referir primeramente las *perfecciones* de que se halla adornado este Corazón, en segundo lugar el ardoroso *amor* que siente hacia nosotros. Así que *perfecciones* y *amor* del Corazón de María, tal es el asunto de esta instrucción. Pero antes de comenzar, dirijámosla afectuosamente aquella dulce oración que tanto ama y que siempre escucha.

AVE MARÍA.

PUNTO PRIMERO

PERFECCIONES DEL CORAZÓN DE MARÍA.

Hay dos clases de perfecciones en el Corazón de María: 1.º *Las que ha recibido de Dios.* 2.º *Las de que María le ha adornado por sí misma.*

La perfección particular con que Dios ha adornado el Corazón de María, es el haberla preservado de la mancha original, y haber conservado pura en él su imagen divina.

Al crearnos, no nos trató el Señor como extranjeros, grabó en nosotros su imagen para que fuese reconocida nuestra naturaleza por todos los seres; puso en lo más íntimo de nuestra alma el sello de su divinidad. Esta es la razón por que el hombre tuvo en su origen corazón recto: *Fecit Deus hominem rectum* (ECCLI., VII, 30). No conocía sinó el bien, y no se veía inclinado sinó hacia su Dios; los sentimientos más elevados adornaban su alma; era digno de su autor, era grande en sí mismo por la buena dirección de sus facultades. Pero este estado duró poco; el pecado llevó la destrucción á todo su sér; las aguas del mal, para hablar el lenguaje de la Escritura, entraron hasta en las profundidades de su alma. *Inundaverunt aquae ad animam meam.* (Ps.) Este interior puro, que Dios había hallado bueno al crearle, este santuario que hasta entónces había formado sus delicias, porque había colocado en él su Imagen, fué profanado, borrada la semejanza divina, y ya no quedaron en el hombre decaído más que las huellas del mal.

Pasaron las generaciones durante el período de cuatro mil años, y

todas fueron atacadas del contagio. La deforme lepra se apoderó del corazón de todos; nadie quedó exceptuado, ni aún aquellas personas á quienes la Escritura llama hijos de Dios: los hijos de Seth así como los de Caín sufrieron igualmente las señales de la prevaricación de su padre. Hubo hombres que, como los Patriarcas, los Profetas, los Jueces del pueblo, observaron una vida pura y agradaron al Señor; pero eso no obstante, su concepción había tenido lugar en el pecado, y la semejanza divina había sido desfigurada en sus almas: *Ecce in iniquitatibus conceptus sum*. La Virgen María fué preservada de esta iniquidad: este es un milagro de la bondad divina y la perfección particular con que su Corazón quedó adornado desde su nacimiento.

La segunda Eva, que debía reparar los males de la primera, salió de las manos de Dios como una creación aparte; y no debía pertenecer á la humanidad sinó por la inocencia y la santidad primitivas. Desaparezca el hombre decaído, rebajado, ese hombre que lleva acá y allá, gimiendo, su fealdad y sus deformidades, porque el Cielo le desampara y la tierra se le rebela; aléjese y desaparezca delante del Señor, porque no será á él á quien tome por modelo en la formación de la noble criatura. El Omnipotente reproduce por segunda vez el espectáculo que se proporcionó en los primeros días, diciendo: *Faciamus hominem ad imaginem et similitudinem nostram*. Formemos una criatura á nuestra imagen. Tanto que á Sí mismo es á quien mira cuando va á formar la Virgen Inmaculada. Procede ahora como la primera vez, y sale de sus manos una nueva obra maestra. Inspira sobre su admirable rostro el mismo espíritu con que había animado al primer Adán: *Inspiravit in faciem ejus spiraculum vite* (GEN., II, 7); establece en su corazón aquella rectitud original borrada ahora en el resto de los hombres. Las inclinaciones de la nueva Eva serán santas, todas sus afecciones serán celestiales, ninguna mancha desfigurará esta bella alma, ningún soplo de la pasión la marchitará; ella será templo jamás profanado; será el *Sancta Sanctorum* en que el Señor ha colocado su imagen augusta, resplandeciente, cuyas facciones no tendrán esta vez que sufrir la menor alteración. ¡Oh Adán! ¡Oh Eva, creaciones tan perfectas de los primeros días, miraos ahora mejoradas! Nosotros admiraríamos vuestra inocencia, envidiaríamos vuestra santidad; pero la Virgen que acaba de brillar es más pura y más santa todavía. El Señor os hablaba cara á cara, os bendecía en el Paraíso terrenal; pero véase que el Señor parece regocijarse ahora también en las delicias de su criatura, ensalzándola esta vez con emoción: *Ecce tu pulchra es, amica mea; tota pulchra es*. (CANT., I, 14, IV, 7). El, que encuentra defectos en los astros más brillantes é imperfecciones en las inteligencias que rodean su trono, no encuentra mancha en el Corazón de María: *Macula non est in te*. (CANT., IV, 7). La encuentra completa, incomparable, perfecta: *Una est columba mea, perfecta mea*. (IBID. VI, 8.)

Los ángeles, al ver esa nueva creación, cual no la vieran semejante más que una vez, hacía cuatro mil años, se regocijan y corren á su

encuentro, atraídos por el encanto de santidad que traspora de todo su sér: *Curremus in odorem unguentorum tuorum* (CANT., I, 3). Al verla, se llenan de admiración y exclaman: *Quæ est ista?* ¿Quién es esta obra de Dios, más hermosa que la luna, más dulce que la aurora, y más que el sol, resplandeciente? *Pulchra ut luna, quasi aurora consurgens, electa ut sol?* (IBID.)

Y nosotros, H. M., ¿no hemos de encontrar hermosa á esa Virgen Inmaculada? ¿La desearemos más favores de parte del Cielo? ¿No está ya colmada de dones? Ella está preservada, ha sido salvada del naufragio; la mano divina ha desviado de su frente la huella del mal; su Corazón ha sido guardado como el jardín rodeado de un vallado: *Hortus conclusus*. ¿Qué pudo hacer Dios por esta criatura privilegiada que no haya hecho! Mirad cómo ha adornado Dios el Corazón de María; veamos ahora cómo ella misma lo ha adornado también.

Estas perfecciones de que Dios la llena, excitan nuestra admiración. Hablemos ahora de las que la pertenecen en propiedad y que deben excitar nuestra emulación.

María continúa por sí misma la obra del Señor. Ella recibe de sus manos un Corazón inocente; no se contenta con conservar esta inocencia nativa, sinó que quiere aumentarla y colmarla con los merecimientos de la más alta santidad; por eso la vemos en todo el curso de su vida aplicarse á la práctica de todas las virtudes.

No pudiendo hablar de todas las virtudes con que adornó su alma, mencionaremos sólo las más exquisitas y las más patentes: 1.º su *humildad*; 2.º su *desinterés*; 3.º su *pureza*.

1.º HUMILDAD. Hija de reyes, Reina ella misma más augusta que aquellos que llevaron coronas aquí bajo, pues que ha sido elegida para Hija del Altísimo, para Esposa del Espíritu Santo, para Madre del Hijo Jesucristo, Redentor de los hombres, y que un día será proclamada Reina de los Cielos y de la tierra, parece olvida su origen y sus destinos; se entierra en una profunda oscuridad, se convierte en esposa de un artesano; vive en la soledad y en una condición abyecta á los ojos de los hombres, y se entrega á todas las humillaciones que exige semejante estado.

Cuando el ángel viene á decirle que será Madre de Dios, ella opone á este glorioso título el de esclava: *Ecce ancilla Domini*. (LUC., I, 38). Sorprendida Isabel de las maravillas que su presencia obra en ella, la colma de alabanzas y la llama «bendita entre todas las mujeres.» María, rechazando todas estas glorias, no quiere contemplar más que su bajeza: *Respexit humilitatem ancillæ suæ*; y hace dependiente toda su grandeza de Dios, que es de donde proviene: *Fecit mihi magna qui potens est, et sanctum nomen ejus*. (IBID., 49).

Pura y por siempre sin mancha, se somete á la ley que pesa sobre las mujeres de Judá cuando llegan á ser madres, y va al templo como cualquiera de ellas.

No sabe prevalerse de los favores del Cielo, no aspira á reportar ninguna gloria de los milagros de su Divino Hijo, jamás habla de sí

misma; no busca la estimación pública ni las alabanzas de los hombres; su felicidad, su dicha, consisten en vivir ignorada, desconocida, abandonada; guardando silencio, esa virtud de los elegidos de Dios, cuyos pensamientos se hallan todos en la contemplación de las cosas celestiales, esa virtud de las almas humildes, á quienes cuesta poco el callarse, porque se han sometido á la contradicción, y han renunciado á su propia voluntad.—¿Obramos de esta manera en nuestra vida? ¿Amamos el silencio, buscamos la soledad, preferimos la oscuridad á la ostentación? ¿Ah! La humildad es una de las virtudes más ignoradas! Dirigid una mirada á vuestro alrededor: todos quieren figurar, unos por su riqueza, otros por su lujo, otros por sus conocimientos; se quiere á cualquier precio representar algo; y los hay cuyo orgullo es tan insensato, que hacen consistir su gloria en el mal, en el desprecio de la ley de Dios, en sus blasfemias, y en sus criminales desipaciones. Vosotros, los que habéis venido aquí en este día para oír las alabanzas del Corazón de María, recordad que una de las virtudes con que procuró adornarle particularmente fué la humildad; acostumbraos á esta virtud teniendo á la vista tal modelo, ésa es la piedra fundamental sobre la que construiréis sólidamente el edificio espiritual de vuestra salvación: *Ama nesciri et pro nihilo reputari.* (Imit. de Chr.)

DESINTERÉS. Habiendo mandado á su Corazón que fuera dulce y humilde, según la lección que su Hijo dió más tarde á sus discípulos, María le enriqueció con una segunda virtud no menos preciosa, el desinterés. Ella nació pobre, vivió pobre y murió pobre. ¿La habéis oído una sola vez quejarse de su estado? Encuentra en su camino á los ricos vanidosos y despreciadores; cuando va á Jerusalén, ve allí el palacio real de sus abuelos que ha pasado á otras manos; ¿creéis que echa de menos esos bienes terrenales y que envidia á los grandes de la tierra sus posesiones? Ella se considera dichosa en la gruta de Nazareth; bendice á Dios por su desnudez en el establo de Bethleem; hace sin murmurar su peregrinación á Egipto; y en fin, en todas ocasiones se muestra digna Madre de Aquel que no tendrá donde reclinar su cabeza, que tendrá por discípulos á ignorantes pescadores, que evangelizará á los pobres, y morirá desnudo en una cruz.

Ella ha escuchado de antemano aquellos sublimes consejos de su divino Hijo. *Qui reliquerit.....* Ella lo ha abandonado todo, lo ha desdenado todo: el mundo, sus bienes, sus honores, sus triunfos; ella se ha refugiado en la pobreza, segura como está de verse en ella saciada de los verdaderos bienes, de aquellos que satisfacen las necesidades del alma. Por eso exclama: *Esurientes implevit bonis et divites dimisit inanes.* Antes de que el Salvador hubiese dicho á sus apóstoles: no «llevaréis con vosotros ni oro ni plata,» ya ella lo había despreciado, no tomando como raro y precioso más que las palabras de los ángeles, las promesas celestiales, el recuerdo de los profetas, los destinos de su divino Hijo, los cánticos de bendición, los diálogos contemplativos de los que vienen á rodear su pesebre, y siguen los pasos de

Jesús en su camino evangélico: *Maria autem conservabat omnia verba hæc conferens in corde suo.* Ella ha sido un verdadero modelo de la pobreza de espíritu prescrita por el Evangelio, de esa pobreza que no es otra cosa que la abnegación, la renunciación de voluntad y de hecho de los intereses y de los goces de la vida; que impulsa á tener en poco el tiempo y el mundo, á vivir sin inquietud por el día de mañana, sin anhelo de lo necesario; que ensalza el alma tan alto sobre las cosas de la tierra, como que recibe con indiferencia, como San Pablo, la salud ó la enfermedad, la tribulación ó la alegría, la abundancia ó la escasez.

Pero si el Corazón de la Virgen estaba tan separado de los bienes de la tierra, es porque aspiraba sin cesar á las riquezas espirituales, únicas positivas, únicas dignas de nuestras almas. Cristianos, instruidos en la escuela de Jesucristo, servidores é imitadores de María, ¿cuándo comprenderemos que el desinterés debe ser nuestra virtud particular? Que los que han puesto sus esperanzas en esta vida aspiren á ella, que concedan á sus cuerpos todas las satisfacciones posibles, que se edifiquen palacios suntuosos, que pongan todo su pensamiento en sus tesoros, su conducta es vituperable ciertamente, porque se engañan, pero es consecuente en sus principios. Pero nosotros, cuyas esperanzas se hallan en el porvenir, nosotros, cuya morada en la tierra no es permanente, nosotros, que sabemos que no hacemos aquí bajo sinó una peregrinación, ¿por qué hemos de hacer consistir nuestro fin en los bienes terrenales? Las riquezas, al apoderarse de nuestro corazón, nos hacen olvidar la otra vida. Cuando el Salvador dijo: *Beati pauperes; beati qui lugent;* cuando El mismo se ha hecho pobre; cuando María, su divina Madre, nos ha dado el ejemplo del desinterés, es para hacernos comprender que no hay situación más favorable para nuestra salvación. El pobre levanta sus ojos á lo alto, de donde le ha de venir todo auxilio: *Levavi oculos meos in montes, unde veniet auxilium mihi.* Sus privaciones son una expiación por sus faltas. Su abandono de los hombres le sirve de motivo para unirse fuertemente á Dios. Jesucristo mismo tuvo que sufrir para entrar en su gloria. *Oportuit pati Christum et ita intrare in gloriam suam.* La pobreza, el desinterés serán para nosotros el camino de los sufrimientos, que conducen á la recompensa.

3.º PUREZA. No hago más que indicar esta preciosa virtud: ¿quién no sabe cuál ha sido la virtud por excelencia del Corazón virginal de María? Su amor fué todo entero de su Dios; desde su infancia va al templo á consagrarle sus afecciones; allí su alma vuela hacia el Señor en la oración y en la contemplación. Ella sabe que está en este mundo para cumplir en él su alta misión. Ella será la Hija del Altísimo; ella será la Esposa del Espíritu Santo; ella dará nacimiento al Hijo de Dios, que vendrá á este mundo para santificar *la carne que ha corrompido su camino.* Por esa razón la carne propia de ella es un templo donde se prepara á recibir á la adorable Trinidad que vendrá á residir allí para cumplir sus designios sublimes. Por esta razón ella

se turba á la vista de un ángel; por éso prefiere la virginidad, no á todas las grandezas y á todas las alegrías de la tierra, que ésto sería poco, sinó al inefable honor de la maternidad divina. Por eso vemos que la Escritura la ha comparado á causa de esta inocencia, á una rosa medio abierta, á un lirio radiante de blancura: *Sicut lilium*; á una casta paloma: *Una est, columba mea*. La Iglesia la ha llamado la Reina de las Vírgenes, y ella nos la señala en el Cielo marchando la primera á seguida del Cordero, acompañado de ese cántico glorioso de vírgenes que no han querido aquí bajo otro esposo que á Jesucristo.

¡Oh Corazón virginal de María! ¡Verdadero santuario de inocencia! ¡Vaso de perfección! ¿Nos atreveremos á contemplaros sin roburizarnos, nosotros que recibimos una blanca túnica el día de nuestro bautismo y que la hemos arrastrado por el fango; nosotros, vasos santificados por el cuerpo y sangre de vuestro Divino Hijo, y que nos hemos convertido en sepulcros blanqueados llenos de huesos en el interior? Virginidad, ¿en qué has venido á convertirte? ¡Castidad! tú no eres ya para nosotros más que un nombre de confusión. Virtud preciosa, signo de los elegidos de Dios, ¿dejarás ya de ser nuestra? ¿Mas qué digo, cristianos? ¡Hay entre vosotros personas que han continuado siendo fieles y que pueden presentarse ante el Cordero, puros como el primer día! ¡Alegría en el corazón de aquellos, bendición para aquellas almas santas que hacen que el Señor envíe sus miradas hasta nosotros! Y vosotros, que estáis humillados, porque en un día de turbación habéis olvidado vuestra dignidad, tened confianza; el Salvador dió á besar sus piés á la pecadora, abrió sus brazos al pródigo. Retirad vuestro amor de las criaturas; id á derramarle en los tabernáculos del Señor, invocando á María, Reina de las vírgenes, y hallaréis el fruto de vuestro arrepentimiento.

PUNTO SEGUNDO.

CARIDAD DEL CORAZÓN DE MARÍA HACIA LOS HOMBRES.

Voy á ocuparme ahora del amor que la bienaventurada Madre de Dios ha tenido á los hombres. Esto nos interesa y nos toca de una manera particular; somos tan dignos de compasión, que existe para nosotros una inexplicable felicidad cuando oímos decir que hemos sido amados. El amor de María hacia la humanidad se manifiesta de dos maneras: 1.º En la oblación voluntaria que hace de su Hijo por la salvación de la humanidad; 2.º En la protección con que nos cubre desde lo alto del Cielo.

Queriendo nuestro Señor hacernos comprender la inmensa caridad de su Padre Celestial hacia los hombres, se explica así: *Sic enim dilexit mundum, est Filium suum Unigenitum daret*. (JOAN., III, 16). El Apóstol llama á ésto exceso del amor de Dios hacia los hombres:

¡Propter nimiam charitatem suam, qua dilexit nos! (EPH., II, 4). El Corazón de María ha sido capaz de los mismos excesos. Lo mismo que el Padre Celestial, ella ha entregado también su Hijo único, precioso fruto de sus entrañas, para la redención del mundo: *Sic enim dilexit*. Pero con la diferencia, según advierte un Santo Padre, de que este sacrificio no ha costado ningún dolor al Padre Eterno, que es esencialmente impasible, y ha costado dolores amargos y profundos á la más sensible de las madres.

Pero ella soporta estos dolores maternales, y la vemos desde el primer instante cooperar por sí misma á los padecimientos de su predilecto Hijo, y convertirse en nuestro favor en ministro de los rigurosos designios de su Padre respecto de él. En Bethleem, habiendo sido rechazada de la hostería, entra en un establo y le da por cuna un pesebre; en Nazareth habita con él una cabaña, comprendiendo desde un principio que el sufrimiento es el camino por donde ha de entrar en la gloria. Ella le entrega desde los primeros días á la Circuncisión, para que su sangre comience á santificar la tierra; ella le lleva por sí misma al templo para ofrecerle como víctima al Padre Celestial y dedicarle así solemnemente á la muerte. En esta circunstancia fué cuando oyó decir dentro de sí misma que el cuchillo del dolor traspasaría también su alma. Este cuchillo era su ardiente amor hacia los hombres, que la llevaba á ofrecer su Hijo para su redención.

¿Trata acaso de retener por más tiempo á su Hijo en la paz de la vida privada en Nazareth? Cuando ha sonado su hora, es decir, la hora del apostolado y del sacrificio, ella va con él á inaugurar la carrera de la contradicción. En Caná provoca por sí misma la manifestación de su misión entre los hombres, pidiéndole la práctica de una obra divina. ¡Oh Madre! ¿Qué pedís á vuestro muy amado Hijo? ¿No escucháis á lo lejos las blasfemias de los sacerdotes y de los fariseos, que sostienen que obra los milagros sólo en nombre del príncipe de los demonios?

El milagro, esta obra verdaderamente de Dios, le hará reconocer como Mesías por algunos; pero los malvados, irritados de verse confundidos, extraviarán á la multitud, y precisamente á causa de la celebridad que le hayan proporcionado sus milagros, será condenado á muerte. María ha presentido, sin duda, estos acontecimientos; pero, como su Hijo, se ve atormentada por el gran deseo de apresurar la hora de nuestra redención: *Desiderio desideravi*... Ella le acompaña con las santas mujeres en sus correrías evangélicas; ella sufre sus privaciones, sus fatigas; padece hambre y sed; no tiene donde reclinar su cabeza, pero es dichosa: su Corazón, compasivo con nosotros, malditos de Dios, encuentra sus delicias en concurrir á la sublime misión de su Hijo, que nos rescatará derramando su sangre.

¿Queréis conocer todo el amor del Corazón de María hacia nosotros? Venid al Calvario. Admirad el extraño espectáculo que se presenta ante vuestros ojos: los que deben llorar no lloran, y los que no deben llorar se lamentan y sollozan; los que deben hablar callan, y

los que deben callarse lloran y se dan golpes de pecho. ¿Qué quiere decir ésto? Que están cambiados los papeles: en otras partes, en los teatros de la muerte, las víctimas gimen, andan en desorden, gritan, maldicen, protestan, ponen á Dios por testigo, mientras que los espectadores piden contra ellos la muerte con frenética gritería. Aquí, entre la muchedumbre, las mujeres, las madres, conocedoras de la inocencia de Jesús y viéndole cargado de una pesada cruz, corriéndole la sangre por todas partes, arrastrado ignominiosamente al suplicio, levantan sus manos al Cielo y lloran: *Plangebant et lamentabantur eum.* (LUC., XXIII, 27). Entre los verdugos, el Centurión romano se hiere el pecho y proclama la divinidad de Aquel á quien ve crucificar. En cuanto á las víctimas, al contrario, no murmuran ni lloran. (He dicho víctimas, porque hay dos en el Calvario, el Hijo y la Madre; porque áun cuando la crucifixión de María no tuvo lugar sinó en su alma, no por eso fué menos dolorosa). Jesús está tranquilo; habla con el buen ladrón, del reino de su Padre; considera y reconoce claramente á aquellos de los suyos que están al pié de la cruz, les dirige la palabra y los consuela. Después recuerda el texto de los Profetas, que dispone que beba hiel y vinagre, y bebe sin quejarse. Luego, habiendo advertido que todo lo que tenía que hacer estaba cumplido, inclina su cabeza y entrega el alma á su Padre; y ejecuta esta acción con un aire tan espontáneo, tan tranquilo, tan premeditado, que se puede ver muy claramente que «nadie le arrebató la vida, sinó que él la da por sí mismo de buena voluntad.» *Nemo tollit eam à me, sed ego pono eam à me ipso.* (JOAN X, 18). ¿Qué hace María? Se encuentra en la misma disposición de espíritu que su Hijo; su Corazón se hace pedazos, es verdad, al ver la sangre que corre de la Cruz, pero nada deja que trascienda á su exterior; ella está de pié, inmóvil, firme: *Stabat juxta crucem Jesu mater ejus.* (JOAN., XIX, 25). ¿Por qué, pues, es tan distinto Jesús en el Calvario de lo que lo fué en el huerto de los Olivos? ¿Por qué no habló de las lágrimas de María al pié de la Cruz, habiendo hablado de las de las santas mujeres? Porque estas dos víctimas ofrecen sobre el Calvario un común sacrificio, y porque ninguna acción debe ser hecha con un espíritu más tranquilo. El Pontífice es ungido con el santo óleo en su consagración, y este óleo que se derrama abundantemente en su cabeza (LEVIT., VIII, 12) es un símbolo de paz que le advierte que debe tenerla en el espíritu, alejando todos los pensamientos que desvían su aplicación, bien así como en el corazón, calmando á la vez todos los movimientos que turban su serenidad. La actitud de María en el Calvario es, por lo tanto, una actitud de Pontífice; está en pié, está firme: *Stabat*; el cuchillo que ha penetrado su Corazón no le ha quitado las fuerzas; la constancia excede á la aflicción; ella sacrifica al Padre en unión con su Hijo. Y si María ha participado de esta manera de la oblación santa del Calvario por la cual hemos sido rescatados, ¿no es verdad que ha llevado hasta el exceso su amor hacia nosotros? ¿No se ha aplicado ella misma en realidad esta expresión del Salvador:

Sic enim dilexit mundum ut Filium suum unigenitum daret? Así que, el sacrificio tan generoso de su Hijo único la hizo acreedora en el momento mismo y la produjo una maravillosa fecundidad. Ella había dado á luz al Inocente y entregádole por la salvación de los pecadores; pero de seguida fué proclamada Madre de esos mismos pecadores que había ayudado á retirar del borde del abismo. Bajando sus ojos desde lo alto de la Cruz, y viendo á sus pies á su Discípulo querido al lado de su Madre: *Cum vidisset Jesus Matrem et Discipulum stantem* (JOAN., XIX, 26), comprendiéndonos á todos en el pensamiento y presentándonos á María en su persona, la dijo: «Mujer, ve ahí á tu Hijo:» *Mulier, ecce Filius tuus.* (IBID.) Y todos nosotros fuimos entregados á esta nueva Eva, verdadera Madre de los vivientes. Ella nos parió en el exceso del dolor: *In dolore paries filios*; pero por lo mismo que le han costado tan caros, les cubre con todo su amor... ¡Oh amor de nuestra Madre!

En fin, la última prueba del amor de María hacia nosotros son los auxilios particulares que nos obtiene de Dios para nuestra salvación. Ella ha sido llamada por un Santo Padre: *Omnipotentia supplex*, omnipotencia suplicante. San Bernardo ha dicho explícitamente, que todo lo que Dios nos concede pasa por manos de María: *Nihil nos Deus habere voluit, quod per Mariæ manus non transiret.* (Serm., 3 de *Vigil. Nat. Dom.*)

Este Corazón que tanto amó á los hombres en este mundo, ha aumentado todavía su llama, si es posible, por nosotros en el Cielo. Desde lo alto de su trono de gloria y de poder es desde donde ha manifestado María á los Discípulos de su Hijo que era simple Madre para ellos. Ella extiende sus manos por todo el Universo; derrama sobre nosotros en abundancia bendiciones celestiales; constitúyese en protectora de los reinos, de los imperios, de las ciudades; preside á los combates y concede las victorias. Su nombre ha sido el terror de los infieles y la confusión de los herejes; ha dado valor invencible á los que lo han invocado; las Ordenes, las asociaciones sin número que han vivido bajo su invocación, han sido fuertes bajo el ala de su amor. Ella ha sido la Estrella del mar que salva al marinero del naufragio; en tierra ha desviado los azotes destructores; ha preservado á los pueblos de los males que producen su ruina; ha obrado entre los pecadores conversiones sorprendentes, y ha aumentado la fe y toda virtud entre los justos. Véase la razón por qué la Iglesia la ha dado toda especie de títulos: ella la ha llamado salud de los enfermos: *salus infirmorum*; consuelo de los afligidos, *consolatrix afflictorum*; refugio de pecadores, *refugium peccatorum*; socorro, fortaleza de los cristianos, *auxilium christianorum*. Todos estos títulos tienen su origen en su Corazón de Madre. ¡Oh María, amor nuestro! ¿Podríamos ser insensibles hacia Vos? Nó, nosotros queremos de ahora en adelante ser los hijos de vuestro amor. Queremos de hoy más no tener otro asilo que el Corazón de nuestra tierna Madre. *Así sea.*

C. MARTIN.